

La consideración del aborigen oscila más: desde el héroe sensitivo, dotado de nobles cualidades susceptibles de cultivo (Marangoré, en *Lucía Miranda*), a la comunidad que recibe a los expulsados del injusto orden «civilizado» (*El médico de San Luis*), o al invasor que roba y devasta (Siri-po, o o el cacique de *Pablo...*). Pero aun en este caso no se exime de cierta responsabilidad a los cristianos: o porque no han sabido prever la tragedia y amparar a los suyos a tiempo, absortos en su afán de gloria y aventuras (*Lucía Miranda*) o porque ellos mismos degradan a los aborígenes y los complican en sus guerras, haciéndolos instrumento de sus venganzas contra el partido opuesto (*El médico de San Luis, Pablo...*); tampoco falta la cautiva que prefiere quedarse con su captor ranquel antes que regresar con su marido (la mujer del capataz, en *Pablo...*)

Pero tal vez el mayor aporte de la novelista radica en haber enfocado desde dentro el otro lado de la épica, del coraje viril: la lucha inadvertida de las mujeres, condenadas al abandono y a la espera de los hombres que parten a la guerra, así como al aislamiento y la ignorancia que las convierten en «parias del pensamiento», «almas prisioneras» «verdaderas desheredadas» sujetas a las «luchas desgarrantes de las pasiones humanas», sin contar con las herramientas culturales para comprenderlas y dominarlas. Destinadas a vivir en función de los varones, y privadas de lo único que en tal contexto da sentido y objetivo a sus vidas: la maternidad, muchas heroínas de Eduarda encuentran en la locura la única reparación posible, sin cejar (como Micaela, la madre de Pablo) en un reclamo ya inútil de justicia por los hombres o los hijos que les han arrebatado.

No significa esto que Mansilla desconociese la influencia femenina en la organización íntima de las sociedades iberoamericanas, dentro y fuera del núcleo doméstico (tuvo los mejores ejemplos en su familia materna, compuesta de mujeres influyentes, desde su abuela Agustina López de Osornio, ante quien el Restaurador se arrodillaba, en la plenitud de su poder, para pedir perdón, hasta su propia y voluntariosa madre o su prima Manuelita, *factotum* diplomático del gobierno rosista). Pero, si en *El médico de San Luis* destaca la «superioridad» de las mujeres como agentes de cambio y de renovación cultural, señala también que esto sucede mientras no sean madres: entonces suelen dejar de ser oídas. Es necesario, pues, arrancar a la figura materna de su paralizante asociación con el atraso, la rémora, las convenciones, y «robustecer la autoridad maternal» como punto de partida para evitar la disolución social y la anarquía. Lejos todavía del feminismo y del sufragismo, Eduarda no pidió para las mujeres derechos políticos. Pero confiaba, como la Harriet Beecher Stowe de quien nos habla Jane Tompkins, en el advenimiento de una «revolución doméstica». Desde

la cocina o desde la sala, la dueña de casa podía y debía constituirse en eficaz formadora de costumbres, ejerciendo una acción educativa basada en la tolerancia y la justicia, lo único capaz de evitar las guerras intestinas. Ya su recreación de Lucía Miranda, lejos de presentarla como mera víctima pasiva le adjudica un papel regulador y transformador, de gran proyección simbólica. El afán de Mansilla no es meramente arqueológico sino prospectivo: señalar el posible papel futuro de las mujeres en la nueva Argentina que ansía convertirse en una república moderna. Así, lo que se privilegia en su relato no es la trágica situación final de Lucía, cautiva, sino su aptitud como *lectora y educadora, portavoz de una tradición cultural*, introductora de valores morales y estéticos, y de prácticas técnicas. Ya en las Indias, es la primera en actuar como lenguaraz o intérprete. También media en los conflictos surgidos en el contingente español, busca el acuerdo por sobre las rebeldías, anima y conforta. La novela de Mansilla coloca en primer plano la función educativa de la *conversión*, desplazando a la función épica. El sujeto heroico masculino y guerrero cede su tradicional protagonismo en la «cultura cimarrona» rioplatense (*Assunção dixit*), ante un sujeto mujer que combina rasgos de heroísmo moral (Lucía animando a Sebastián desde la hoguera) con un liderazgo basado en las palabras que salen de su boca «cual mana de la fuente que da vida, el agua cristalina y transparente» (p. 289) se dice, vinculando al *logos* con una simbología femenina y materna. El «prestigio social» negado universalmente a las funciones desempeñadas por mujeres (Pierre Bourdieu), sean ellas cuales fueren, se vuelca sin retaceos sobre Lucía Miranda.

Ésta es la gran novedad de la novela de Mansilla con respecto a Ruy Díaz, que también la diferencia de la novela contemporánea (1860) de Rosa Guerra, donde el modelo femenino es más acentuadamente sumiso y convencional, pues su excelencia ética, su «mérito» se miden ante todo por la capacidad de sufrimiento. Mientras que en el texto mansilliano se destacan las cualidades activas de Lucía (inteligencia, astucia, entereza, desenvoltura, valor heroico), Guerra se concentra sobre la triste gloria del martirio. Por lo demás, en Mansilla, la enseñanza de Lucía deja semilla en la joven aborigen Anté, que junto a su amado Alejo, español, escapará de la masacre final del Fuerte Sancti Spiritu para fundar una nueva comunidad mestiza. El linaje femenino, que no sólo reproduce los cuerpos sino la cultura, se coloca así en el centro, puntal del equilibrio de la Argentina naciente que enlazará tradición e innovación en una voz de mujer, persuasiva y autorizada.

Pero no es en una sociedad hispanoamericana donde Eduarda Mansilla encuentra algo cercano a su utopía educadora femenina, sino paradójica-

mente, en un país distante sobre el que ella ha volcado una mirada mucho más crítica que la exaltación sarmientina. Eduarda, traductora cultural, pero traductora «rebelde», sabe elegir, en una sociedad que le parece, en otros aspectos, de brutal pragmatismo, aquello que podría modificar positivamente la vida criolla. Es que la *Yankeeland* evocada con ironía en *Recuerdos de viaje*, también resulta ser para el «segundo sexo», el país por excelencia de la autodeterminación y la autoestima: «La mujer americana practica la libertad como ninguna otra en el mundo, y parece poseer una gran dosis de *self-reliance*» (p. 117). Dos son sus ámbitos de acción, que parecen opuestos, pero que, desde el análisis de Eduarda (no así desde la mirada de Sarmiento, menos perceptiva) están unidos por un hilo secreto. Las solteras tienen la calle, la vida pública, el desprejuiciado *flirt*. Las madres reinan en el *home*. Las muchachas *yankees* tienden a adornarse en exceso, y a pesar de ser delgadas, comen y beben también en abundancia («como héroes de Homero», p. 48) manjares no precisamente delicados (leche y tortugas de tierra en vez de crema y plantillas). Pero esta desmesura «antifemenina» las lleva también hacia ámbitos vedados para las mujeres de otras culturas: los viajes, que pueden emprender sin compañía, la libre elección amorosa, la frecuentación personal no vigilada durante los noviazgos o relaciones sentimentales, la posibilidad –sin deshonra– del divorcio; el trabajo profesional. Ante el divorcio, Eduarda (que en el momento de la escritura estaba en la práctica separada de su marido) lejos de tomar partido por la posición de la iglesia católica en la que se había educado, insinúa una simpatía o comprensión prudentes: «La familia, tal cual hoy existe –predice con clarividencia– habrá de pasar, a mi sentir, por grandes modificaciones, que encaminen y dirijan el espíritu de los futuros legisladores, para cortar este moderno nudo gordiano.» (p.141). Frente al trabajo profesional femenino no encuentra sino elogios. Es el ansiado reemplazo de la «cruel servidumbre de la aguja» por la libertad de la pluma. No parece mucho, para el criterio actual, lo que esas norteamericanas han logrado: encargarse de los artículos edificantes en los periódicos dominicales («esa literatura sencilla y sana, que debe servir de alimento intelectual a los habitantes de la Unión, en el día consagrado a la meditación», p. 120); traducir los anticipos de nuevos libros extranjeros; ser cronista de modas en las fiestas sociales. Sin embargo, tales funciones pagas (a las que no accedían entonces las literatas porteñas) tienen para Eduarda un alcance sutil: constituirse en *formadoras de opinión*. «Las mujeres –afirma– influyen en la cosa pública por medios que llamaré psicológicos e indirectos» (p.120), uno de los cuales es el periodismo. Si su hermano Lucio dijo alguna vez «hay héroes porque hay mujeres», Eduarda pinta un